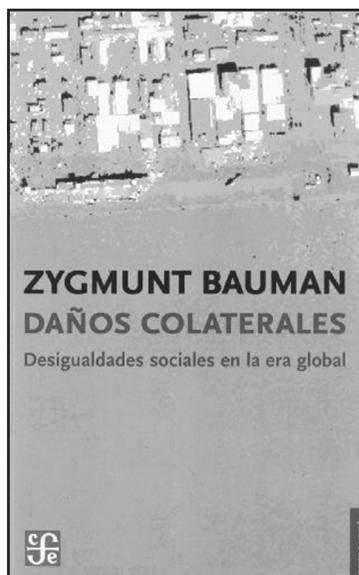


Comentario a Zygmunt Bauman: *Daños colaterales. Desigualdades sociales en la era global*

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2011

Por Mariana Fernández



Daños colaterales es un concepto de origen bélico seleccionado por Bauman para criticar el modo en que se naturalizan los efectos del capitalismo global bajo el supuesto de que el proceso de creciente desigualdad no constituye en sí mismo un peligro para el orden social. La marginalidad despierta respuestas criminalizantes por razones similares a las que impiden que el sufrimiento de las clases pobres componga un tema de la agenda política. El deseo de no enfrentar el problema de la desigualdad por parte de los gobiernos y un sector de la ciudadanía ofusca, y acaso subestima, los aspectos estructurales de un ordenamiento que les comprende. La falta de percepción de la analogía intrínseca que conlleva la relación entre desigualdades y *bajas colaterales* obstruye ver la mayor amenaza a la que se enfrenta la humanidad durante este siglo. Tarde o temprano, quienes deciden sobre los beneficios de los riesgos descargados sobre sectores socialmente excluidos acabarán padeciendo las consecuencias.

A fin de aportar líneas de análisis sobre una temática naciente, Bauman elabora un compendio de once capítulos basados, principalmente, en conferencias que promulgó entre 2010 y 2011 acerca de los rasgos que adoptan nuestras sociedades diferenciales impregnadas de *daños colaterales*. Esta última concepción admite, fija y extiende la asignación selectiva de costos que recae sobre víctimas de catástrofes provenientes de la naturaleza, o bien planificadas. En ningún caso puede concebirse que sus secuelas existan libres de compromisos e intereses humanos. No es casualidad que en la época del riesgo, el azar apunte hacia un mismo punto: “Ocupar el extremo inferior en la escala de la desigualdad y pasar a ser ‘víctima colateral’ de una acción humana o de un desastre natural son posiciones que interactúan como los polos opuestos de un imán: tienden a gravitar una hacia la otra” (p. 14).

La carencia de políticas dirigidas a atender las preocupaciones de una fracción cada vez mayor del orden social converge con la inexistencia de enfoques viables para encarar un asunto difícil de conllevar consensos en la ciudadanía. La mayor parte de las discusiones sobre la conflictividad social gira en torno a la necesidad de ejercer vigilancia y castigo hacia la “clase marginal”, un sello de cautiva significación hacia sectores de anónima posición y funcionalidad social. Los discursos de ley y orden prescinden descubrir otros ejes de la desigualdad, como los que refieren a la actividad política, los nexos de ligazón colectiva, la protección sanitaria y la calidad de vida de los grupos.

A partir de la idea de democracia, Bauman comienza analizando el modo en que se articulan intereses privados y públicos en regímenes políticos prescritos por el *ágora de mercado*, tal como rotula el primer capítulo. Pese a que la ciudadanía no participa del proceso de toma de decisiones sino como efecto del voto, los principios de la democracia liberal representan hoy continuos intentos por conservar el modo de vida del *ágora griega*. Los mecanismos electorales de legitimidad y disciplinamiento gubernamental conllevan la postergación de libertades otrora asociadas al ideal democrático. El desmoronamiento del respeto a la privacidad, el acceso a la palabra y la defensa de la verdad se acepta alegremente en pos del derecho a la seguridad.

La autonomía de directrices mundiales respecto de la administración nacional impide la creación de estrategias exitosas tendientes a impulsar un salto cualitativo en la tradición democrática. Esto es, un gobierno global capaz de contemplar, conjuntamente, los derechos políticos y sociales de las personas. Teniendo en cuenta que, en nuestros días el rumbo de la democracia local se resuelve en el plano internacional, Bauman mantiene que

la defensa de sus preceptos no puede apartarse de las contrariedades de la población planetaria, así como tampoco conviene reducirlos al ámbito privado. La necesidad de conformar una entidad supranacional semejante al Estado social que concluyó la época moderna resulta una tarea tan incompleta como urgente, “[...] literalmente, una cuestión de vida (compartida) o muerte (colectiva)” (p. 39).

Los gobiernos nacionales no están en condiciones de limitar el consumo de la ciudadanía ni de subir los impuestos al nivel que exige la generalización de programas asistenciales: la pobreza sólo puede eliminarse mediante la actuación de organizaciones no gubernamentales independientes del Estado, capaces de elaborar una política de integración de la humanidad y atenuar las consecuencias (excluyentes) de la globalización de mercado: “El Estado social ya no es viable, sólo un ‘*planeta social*’ puede hacerse cargo de las funciones que los Estados sociales intentaron desempeñar con resultados diversos” (p. 40).

El eje del segundo capítulo, *Réquiem para el comunismo*, gira en torno a develar cómo es que un fenómeno firme nacido de la moderna matriz socialista se convirtió en un artificio *líquido*, en un recuerdo sin promesa, en un objeto de museo. Bauman mantiene que, si bien “[...] hay razones contundentes para celebrar el aniversario de la caída del comunismo” (p. 57) es preciso reflexionar que la declinación de sus estructuras no se debió a la superación de las injusticias y derroches del orden capitalista. La estrategia arbitraria y errada de materializar a cualquier precio una política esclavizante erige al modelo comunista en prueba de fuego de la ligereza del proyecto moderno: dispuesto para desplegar un total control sobre los deseos y las necesidades humanas. Así, concluye Bauman, se vuelve imprescindible soslayar que la muerte del paradigma comunista, sus medios y metas irresueltas, se halla en cuestión “[...] al igual que el reemplazo de la modernidad ‘sólida’ por

la ‘líquida’: dado que este proceso no es un avance puro y simple ni una bendición inmaculada, podría revelarse como cualquier cosa excepto un cambio histórico definido” (p. 54).

Para analizar *El destino de la desigualdad social en tiempos de la modernidad líquida*, el capítulo III desarrolla que la tesis marxista de “pauperización del proletariado” no se verificó, ya que el Estado social reorientó el timón del capitalismo hacia la autolimitación de la brecha socioeconómica. En las sociedades benefactoras, la herramienta fundamental del poder recayó en la institucionalización del malestar ciudadano en su interrelación con modelos de socialización que promovieron el control de las incertidumbres. Actualmente, “[...] las barreras institucionales capaces de poner freno a las fuerzas promotoras de la desigualdad para impedir que esta sobrepase sus límites ‘naturales’, con todas las consecuencias desastrosas e incluso suicidas que ello trae aparejado, ya no están en su lugar, al menos por el momento” (p. 70). Los miedos anteriormente regulados se han reciclado como fuente principal de inseguridad urbana.

¿Son peligrosos los extraños? En la *modernidad líquida*, la fabricación de temor por parte de un Estado deseoso de recuperar su disipado monopolio se produce mediante dispositivos de escenificación, que ostentan lo amenazante de “[...] un agente movido por intenciones que en el mejor de los casos pueden adivinarse, pero de las cuales nunca podemos estar seguros” (p. 86). De esta premisa parte el capítulo IV, abocado a desentrañar el modo en que la administración política no domina ni se esfuerza en someter el régimen económico reinante. La renuncia generalizada a cohabitar con la diferencia permite a los gobiernos desplazar la atención de la *inseguridad existencial* (producida por el mercado) hacia la cuestión securitaria. Este mecanismo conduce inevitablemente a la “mixofobia”, que se expresa en pugnas por

el espacio público. El aislamiento de sectores acomodados en *comunidades de la semejanza* implica la expulsión de la otredad, en tanto forma de encubrir iniciativas morales y desatender la problemática interacción urbana: “[...] Quizás el efecto más pernicioso, seminal y duradero de la obsesión por la seguridad (el “daño colateral” que ésta perpetra) sea la socavación de la confianza mutua, así como la siembra y reproducción de la sospecha recíproca” (p. 99). Como sugiere el capítulo V, la mercantilización de la responsabilidad ética por el otro impide contener el estado de alerta permanente de una ciudadanía forzosa e íntimamente consumidora. De aquí, la disparidad entre incluidos y excluidos de un modelo consumista, cuyo incentivo repercute como una bomba de tiempo sobre los (agotables) recursos del planeta.

El desdibujamiento de la frontera entre lo público y lo privado produjo la redefinición de *La privacidad, confidencialidad, intimidad, vínculos humanos y otras víctimas colaterales de la modernidad líquida* (capítulo VI), como rasgos sobresalientes de una *sociedad confesional*: “La crisis actual de la privacidad se relaciona de forma inextricable con el debilitamiento y la decadencia de todos los vínculos interhumanos” (p. 124). De aquí, *La suerte y la individualización de los remedios* (capítulo VII), que devino con la disociación entre la capacidad de concretar acciones y la tarea de decidir las. El agotamiento de la conformidad entre el poder y la política, que caracterizó a los Estados en tiempos de *modernidad sólida* devino en la cultura del riesgo, en tanto modo de orientar la totalidad de la vida.

En el octavo capítulo, Bauman se propone *Buscar en la moderna Atenas una respuesta a la pregunta de la antigua Jerusalén: ¿cómo se concibe la idea de un mundo creado y regido por un solo y único Dios?* A diferencia de los fundamentos alzados durante el mundo moderno, la respuesta a la inquietud ceñida en

el libro de Job la brinda Carl Schmitt (1999). Como postula este último en “La teología política”, sin el poder soberano de decidir sobre la excepción de una situación efectiva, no habría orden jurídico: “[...] la asociación es inconcebible sin la disociación; el orden es inconcebible sin la expulsión y la extinción, y la creación es inconcebible sin la destrucción” (p. 160). En la actualidad, el poder de gobernar se basa en la manipulación de la desconfianza y vulnerabilidad ciudadana, que legitima políticas de excepción hacia un enemigo sacrificable en aras de la paz social: los pobres, los inmigrantes, los delincuentes, los terroristas.

En *Historia natural de la maldad* (capítulo IX), posiblemente el más lúcido ensayo del libro, Bauman plantea que el énfasis en la salvación que el racionalismo traería a la humanidad es un mito profundamente real. No es la maldad un fenómeno para nada monstruoso, antihumano o irracional. Con lo cual, no se puede concebir que alguno esté exento del impulso criminal. La violencia se envuelve en pautas morales, cuya obediencia rutinaria activa la rasa indolencia del horror. Lo que la razón humana excluye al negar su propia crueldad es “[...] que el mal tenga un efecto bumerán en quienes lo ejercen” (p. 176). Una vez que la maquinaria burocrática empuja a cometer los más fulminantes exterminios, no puede más que encontrar el producto de su fuerza sin acaso saber como frenarla.

La imposibilidad de imaginar el terror genera una disociación entre el potencial tecnológico prefabricado y la imaginación creadora habituándonos, irremediamente, a la perversión: “Somos tecnológicamente todopoderosos por obra y gracia de nuestra impotencia imaginativa” (p. 199). Así, en el décimo capítulo Bauman sostiene que si para deshacerse del mal se parte del resentimiento, la humillación o el temor hacia el *otro* no puede más que extenderse el estigma que

normaliza la exclusión: “La clase marginal no es sólo una ausencia de comunidad: es la pura imposibilidad de comunidad” (p. 206). La prevención de la diferencia manifiesta la angustiante sensación de llegar a ser uno más de los excluidos proyectando la autoaversión en un enemigo externo, omnipotente, invisible.

Sociología: ¿de dónde venimos y hacia dónde vamos?, se pregunta Bauman en el último capítulo. Si en sus orígenes la aspiración de reconocimiento científico conllevó a que la teoría social se desempeñara al servicio de la razón gerencial es importante problematizar en qué sentido se proponen los/as sociólogos/as *mejorar la sociedad*. En principio, habría que repensar el objetivo de una disciplina abocada a la *falta de libertad* y reencausar la estrategia que habilitó erigir “[...] la ‘servidumbre voluntaria’ al rango de principio supremo de la organización social” (p. 227). Para ello, Bauman formula el requisito de disolver su poder efectivo empezando por abandonar la pregunta sobre “cómo hacer para que la gente tenga el albedrío de hacer lo que se debe...” (p. 227). En ese sentido, resulta indispensable romper la unilateralidad de la comunicación, que fundó la aptitud dirigente (coercionada o consentida) hacia las necesidades individuales, hoy rehabilitadas y vueltas signos de carácter. Los principales desafíos de la sociología residen en asumir el impulso de un saber políticamente orientado hacia la libertad humana: “*desfamiliarizar lo familiar y familiarizar* (domeñar, domesticar) *lo desconocido*” (p. 229). La capacidad de abandonar el imperativo categórico de la responsabilidad individual abriendo el juego al diálogo consciente de la propia subjetividad, la reflexión, escucha y deseo de comprender críticamente tópicos normalizados, puede posibilitar el entendimiento y afianzar el camino hacia el bienestar social.